

que tuvo el valor de ocupar en unos momentos graves un cargo tan difícil vino a sustituirle Carlos Esplá. Esplá de idioma catalán, inteligente y de un carácter liberal y comprensivo, fue el gobernador que se necesitaba en aquellos momentos.

Ahora Carlos Esplá nos ha dejado, lo llamaba su escaño del Parlamento, pero su nombre aparecerá definitivamente unido a nuestra historia, pues durante su gestión en el Gobierno Civil de Barcelona, ha tenido lugar plebiscito estatuario; y si no fuese suficiente este título (que muy bien corra por su importancia todos los demás), siempre quedaría entre nosotros el recuerdo de su paso por Barcelona, que ha coincidido con la época más crítica, sin duda, que ha pasado toda Cataluña, tanto por la cuestión social como por la política; ésta desarticulada por la ambigüedad de la situación y la interinidad del estado de cosas; aquella en plena fermentación, podíase decir en enfermedad de desarrollo, nacida de la imposibilidad de adoptar los métodos legales y tiránicos de los tiempos de la monarquía, a las exigencias más complejas, de una hora en la cual la libertad debe ir equilibrada por el sentido de la responsabilidad.

Epoca difícil de verdad. Pero Carlos Esplá, nada más que aplicando un criterio de estricta justicia, ha sabido hacer frente a los enemigos del orden y de la paz pública. En la espinosa cuestión social, sin prejuzgar nada, ni inclinarse a ningún bando, siempre ha hecho imposible la simultaneidad de una petición justa con actuaciones tiránicas y si se quiere anarquizantes. Toda la vida podrá citarse como un modelo de buen gobierno la manera a la vez suave y decidida con que resolvió, en pocos días la angustiosa situación creada en las minas de Cardener (que representan cincuenta millones de la riqueza de Cataluña), donde por obra de unos perturbadores, no catalanes, los cuales explotaban el malestar justificado del obrero, se había alimentado, y aumentándolo, cada día un peligroso foco de anarquía y desorden.

Hoy todo se ha resuelto —a menos el peligro anarquista— sin derramamientos de sangre ni violencias. Nada más que haciendo respetar la autoridad, la cual por su parte, empezaba por respetar la ley y respetarse ella misma.

Lo mismo podríamos decir—sino temiésemos ser demasiado prolijos—de la diplomacia y tacto con que se han llevado las relaciones entre el Gobierno Civil y la Generalidad; cosa difícilísima en la actual situación de indeterminación de poderes.

Carlos Esplá, Catalán de tierras de Alicante, era, realmente el Gobernador que se necesitaba para presidir la demarcación y la ciudad de Barcelona el día solemne de la votación del plebiscito de Cataluña. Por ello los catalanes vemos con gran placer la incorporación de su nombre a nuestra historia, en fecha tan memorable. Desde éste periódico nos es grato transmitirle la más efusiva felicitación acompañada de los mejores augurios en lo que se refiere a su porvenir político.

A.P.C.E.  
SIG.: 1.26/799

LOS ALICANTINOS TRIUNFAN

## Barcelona y Carlos Esplá

Nuestro compañero en la Prensa de Barcelona señor Chinchilla, nos envía la siguiente traducción de un artículo publicado en el periódico «Mirador» de Barcelona por Rosendo Llates, titulado «Los últimos gobernadores».

«Durante muchos años, el Gobierno Civil de Barcelona había sido la ocupación, mejor dicho la bestia negra de los catalanes. Era la representación más próxima y tangible del poder de ocupación, que difícilmente podía satisfacer a la gente de nuestra tierra, por el defecto de su origen reaccionario.

Ha sido preciso el cambio de régimen en España para que el Gobierno Civil se comenzase a considerar como una cosa nuestra, llena de promesas para lo futuro. Después de Company»